



Espejos

Por Teresa Pérez Landa

Los espejos son portales, recuérdalo cada vez que te mires en uno.

El bosque, un espeso bosque, donde apenas penetra la luz; allí es donde me llevó el viejo espejo que mi madre guardaba en el sótano de nuestra casa. Destapé la polvorienta tela que lo cubría. Recordaba

ese espejo, mi abuela lo tenía en el dormitorio. Muchas veces me dijo que por las noches veía sombras que salían de él. Yo nunca vi nada, si soy sincero pensaba que decía incoherencias debido a su edad, jamás le di la menor importancia. Ese día había bajado al sótano buscando alguna cosa que poder vender en el mercadillo vecinal. Quería invitar a Susie al cine y a cenar, y con la paga que me daban mis padres era imposible. Hubiera sido más sencillo buscar un empleo, pero entonces lo que tenía a mano era un sótano lleno de trastos viejos. Cuando vi el espejo pensé que lo podría vender por una bonita suma, a la gente le gustan las antigüedades; el marco era de caoba y era grande y ovalado, de primeros del siglo pasado porque mi abuela ya lo había heredado de su madre. Al principio pensé que ese espejo llevaba mucho tiempo en la familia y sentí un leve remordimiento, pero mi madre me había dado permiso para llevar al mercadillo lo que quisiera. No había nada que le interesara del sótano. Estaba sumido en aquellos pensamientos, mirándome en él, cuando de pronto vi un bosque, un frondoso y espeso bosque. «¿Me estaré volviendo loco?» Volví la cabeza, obviamente en mi sótano no había ningún bosque, ¿cómo podía estar viéndolo reflejado en el espejo? No sé qué me impulsó a hacer lo que hice, pero puse las manos sobre él y estas lo atravesaron y entraron en un espacio indefinido, notaba la fresca brisa rodear mis manos. Continué con los brazos, asomé la cabeza sin pensar, y como por arte de magia estaba en el bosque.

De eso hace ya diez años. He contado día por día. No he hallado aún un modo de salir. Desde que llegué tengo por fiel compañero a un cuervo que siempre me acompaña, vaya donde vaya, aunque en este mundo, no hay nada que ver más allá de los límites del bosque. Le llamé “Nunca más”, parece que le gustó. Sin herramientas, sin agua, sin ropa de abrigo, me encontré en la necesidad de buscar para sobrevivir. Dónde se quedó ya Susie y mi noche en el cine con ella. Ya tendrá familia. Y mis padres habrán pensado que he muerto víctima de algún asesino en serie. Sé dónde está el espejo, pero solo veo en él el reflejo del bosque, nunca puedo ver el otro mundo que dejé. Caminando en busca de algo que

llevarme a la boca encontré apoyado en un árbol el cuerpo de un hombre, más bien lo que quedaba de él: solo huesos, pelo y uñas, pero tenía una capa. Una capa larga, con un capuchón enorme. Lo sentí por el hambre pero me quedé con la capa, él ya no la necesitaba. ¿Sería otro que había pasado por el espejo? Ya tenía con qué abrigarme. Nunca más me enseñó el resto: dónde conseguir comida y agua fresca. Con el tiempo fui reuniendo madera a la que fui dando forma con herramientas que yo mismo fabriqué y me hice una especie de cabaña, al menos duermo a cubierto.

A veces veo a las sombras de las que hablaba mi abuela. Ellas sí pueden atravesar el espejo de regreso, y pasar por él para volver al bosque, pero yo no. Lo he intentado día tras día de estos largos diez años.

Ya no tengo esperanza, se fue agotando con el paso de los años. Me quedaré en este maldito bosque hasta acabar como el anterior dueño de la capa. Y no hay más. Oscuridad, silencio, soledad, mi cuervo y yo.